

CAPÍTULO III

La evolución anárquica del sindicalismo.

El don de la profecía constituía antiguamente un excepcional presente de los dioses. La Biblia no cita más que escaso número de profetas y les demuestra respetuosa veneración.

Gracias, sin duda alguna, á los incontrastables progresos de la religiosidad contemporánea, la facultad de adivinar el porvenir ha llegado á ser general. Se encuentran pocos hombres que no utilicen muchas veces al día esta aptitud, antiguamente tan rara. No aludo únicamente á los socialistas, perpetuamente profetas, que, como ya he dicho, conjugan todos los verbos, indefectiblemente, en tiempo futuro. Hablo simplemente de un individuo cualquiera, acostumbrado, como la mayor parte de sus contemporáneos, á disertar latamente sobre asuntos que no conoce. Será difícil que habléis diez minutos con él sin oír una predicción, ya referente al porvenir de Francia ó de otros Estados, ya sobre la suerte de sus vecinos.

No se puede ser vanidoso de una facultad que todos poseen, ó al menos ejercen con tal prodigalidad. No practicarla sería querer distinguirse. Por tanto, siguiendo la corriente universal, algunas veces me permito hacer indicaciones, si bien las hago á largo plazo para evitarme el asistir á su irrealización.

Sin embargo, me he atrevido con algunas á breve

plazo. Entre estas predicciones, fundadas únicamente en sencillas nociones psicológicas, citaré la publicada en un gran periódico parisiense al día siguiente de la ejecución de Ferrer. Predije que este suceso, tan calurosamente comentado en París, no produciría la menor emoción en España. Cierta resultó también la predicción de que la Confederación del Trabajo terminaría por sufrir la absorción de los elementos anárquicos, á los que tan equivocadamente se había unido. Sobre esto, véase cómo se expresaba precisamente al año de mi vaticinio el secretario dimisionario de la Confederación General de Trabajadores, M. Niel:

Todos nuestros esfuerzos por detener la invasión del sindicalismo en la política han fracasado hasta el momento; es que se ha cerrado la puerta de delante al virus socialista, para abrir la de detrás al veneno anarquista... Poco á poco, gota á gota, los políticos anarquistas incorporan todo el anarquismo al sindicalismo, hasta tal punto que ellos no tienen necesidad de emplear la expresión comprometedor «anarquismo» para hacer triunfar su política anarquista; la más simpática de «sindicalismo» les basta. El sindicalismo es el anarquismo sin la palabra.

Detengámonos sobre esta última definición que sintetiza propiamente el sindicalismo latino actual: «el anarquismo sin la palabra». Los fundadores del sindicalismo pacífico han tardado algún tiempo en descubrirlo. Los obreros lo descubrieron también y terminaron por comprender que el anarquismo no constituye una doctrina política, sino un estado mental especial á variedades bien definidas de los degenerados, estudiadas desde hace largo tiempo por los patólogos. Advirtieron entonces que el *sabotage* de las máquinas, el incendio de las fábricas y el

asesinato de los soldados es una obra de semilocos que no puede mejorar la suerte de nadie.

Alucinados por sus impulsos morbosos, se preocupan poco en mejorar la existencia de las clases obreras, como haría un sindicalismo inteligente, como, por ejemplo, cualquiera de Inglaterra ó de los Estados Unidos.

Una útil lección ha dado recientemente sobre este asunto á los sindicalistas franceses M. Samuel Gompers, presidente de la Confederación General de Trabajadores americana (*American Federation of Labor*). Esta Asociación cuenta dos millones de obreros, cuando la de Francia comprende sólo trescientos mil. Su riqueza es considerable y poseen más de trescientos periódicos.

Es manifiesto el desprecio que profesan los sindicalistas americanos hacia las agitaciones estériles de los sindicalistas franceses. Consideran las aspiraciones de estos últimos como extraordinariamente pueriles.

Antiguamente, dice en su discurso M. Gompers; cuando nos encontrábamos en la infancia, teníamos también comunistas, anarquistas, campeones del trabajo, y carecíamos de fuerza.

... El sindicalismo no debe ser destructor, sino constructivo... Arruinar la industria nacional con el *sabotage* y las huelgas es un movimiento incoherente, como las *Jacqueries* de la Edad Media. El proletariado francés no ha aprendido nada y permanece impulsivo.

La afirmación que más ha conmovido y horrorizado á los sindicalistas franceses es la pronunciada por el presidente de la gran Confederación americana al decir que «es completamente falso que la supresión del patronato sea un progreso. Por el contrario, podría acarrear la vuelta de la esclavitud».

Nuestros sindicalistas hubieran oído afirmaciones parecidas en Inglaterra y Alemania; pero su escasa mentalidad no les permitía la comprensión de semejantes verdades. Únicamente el trabajador, capaz de observar, comprende que el producto del taller y, por consecuencia, el salario depende ante todo del valer del patrono.

Esta última concepción jamás ha sido admitida por los sindicalistas latinos. Cuando se les exige que precisen su ideal, responden invariablemente: «el taller sin amo». Y esto es, evidentemente, utopías de intelectuales que no han pisado jamás un taller ó que no lo han estudiado atentamente. Un superficial examen les hubiese bastado para comprender rápidamente que la importancia de una fábrica radica en su jefe. De tal maestro, tal fábrica.

La grave dificultad actual, con las complicaciones enormes de la técnica moderna, no es reclutar soldados para la industria, sino directores. Una fábrica que prospera con una hábil dirección, se arruina muy pronto con una inexperta. El taller libre, es decir, sin jefe, sería como el barco sin capitán. Anarquía hoy, ruina mañana.

Estas verdades carecen de interés para los anarquistas, que han llegado á ser los dueños del sindicalismo, puesto que no persiguen otro fin que el de destruir la sociedad, para reemplazarla por un incoloro comunismo. Son en realidad tan enemigos del sindicalismo como del colectivismo, ó como de cualquier otra forma de organización social.

Aunque deudores á la debilidad del Estado moderno por haber dictado leyes que les permiten vivir, arremeten ahora contra él, y nosotros somos tan inocentes que los soportamos.

Se expusieron en un precedente capítulo algunas de las consecuencias funestas de leyes que los legisladores se obstinan en amontonar, sin tener en cuenta sus consecuencias. Entre ellas podemos citar también la ley dictada en 1884 por un ministro, orador excelente, pero detestable psicólogo, sobre los sindicatos profesionales. No faltaron advertencias. En contestación á un senador temeroso «de que llegase un día en que el Parlamento fuese dominado por una Federación de obreros que obedeciesen á la consigna que ordenase un gran sindicato», se limitó á burlarse de ese poder invencible, superior á aquel que han ejercido las dictaduras, que sería atribuído á no sé qué Consejo general de sindicatos.

Se le había señalado el peligro en términos de fina psicología: «La dominación, declaraba un prudente senador, será inevitablemente absoluta, porque no cabe términos medios: ó no existirá ó será absoluta; ó no habrá Federación de sindicatos profesionales, ó la Unión tendrá una autoridad sin límites, porque sabido es cómo la autoridad se impone entre los obreros y se obedece. Se indicó, igualmente, que una de las consecuencias del proyecto sería el desenvolvimiento del antimilitarismo y del antipatriotismo. Nada convenció. La ceguera fué general y la ley, cuyas consecuencias funestas cada día son mayores, fué votada.

Gracias á ella, la Confederación de obreros puede sostener impunemente la guerra contra la patria, el ejército, la sociedad, el capital y no cesa en su propaganda antimilitarista, incitando al saqueo de las fábricas y al incendio.

Todos esos fanáticos viven en el reino de la ilusión pura. En la apertura de la Escuela socialista, el

mismo M. Jaurés ha demostrado, por el examen de un libro reciente de dos sindicalistas revolucionarios, que con esas ruidosas revueltas sólo se consigue preparar el restablecimiento de lo que se hubiese podido destruir por una revolución violenta.

Uno de los detalles que más me extrañan en la revolución de que se nos habla, dice M. Jaurés, es su inverosímil facilidad. El gobierno desaparece como un fantasma, el parlamento se desvanece como el humo, el ejército pasa al pueblo; todo cede...

Pero he aquí que, inmediatamente, en la reorganización social que dirigen los sindicatos, aparece una serie de transacciones y arreglos tan oportunistas que de ellas podría tomar lecciones el más moderado de los parlamentarios de hoy.

El labrador conserva su tierra, el tendero su tienda. La revolución se incauta de los Bancos, pero es para entregar á los depositantes *carnets* con nuevos cheques.

El Estado destruído renace. El parlamento reaparece en el Congreso confederado, donde se resuelven no sólo cuestiones corporativas, sino la cuestión agraria, la de la moneda y muchas otras.

Todos los elementos de la sociedad se encuentran representados, regidos por la ley de la democracia. Hemos saltado la barricada, pero todas las dificultades actuales se encuentran en el otro lado...

Aquellos que con frecuencia nos han tachado, no sin desdén, de oportunistas, caen en lo mismo que censuran cuando se ponen en contacto con la realidad. (*L'Humanité* del 30 de Noviembre de 1909.)

* *

En espera de su acción futura, la Confederación del Trabajo ejerce al presente una indiscutible acción destructora. Tiende á arruinar muchas in-

dustrias, sin fijarse en que con ello se producirá la miseria de los obreros que viven de esas industrias. Su influencia contribuye enormemente, con las huelgas marítimas y la elevación de salarios, á la decadencia de nuestra marina mercante. Se puede juzgar del estado actual por el cuadro siguiente, que indica la baja en francos de los dividendos de nuestras grandes Compañías de navegación en menos de diez años:

| | DIVIDENDOS PAGADOS | |
|--|--------------------|---------|
| | En 1900 | En 1908 |
| Chargeurs Reunis | 50 | nada. |
| Compagnie Havraise | 50 | 20 |
| Messageries Maritimes | 25,50 | nada. |
| Compagnie Générale Transatlántique | 16 | 12 |

En un discurso de M. Méline, pronunciado en el Senado, y del que copiamos á continuación algunos párrafos, demostró con claridad los resultados de la anarquía legislativa y el estado mental actual de la población obrera.

Miro el mundo industrial y, permitídmelo que os lo diga, veo que el espíritu de empresa y de iniciativa están descorazonados. Las amenazas dirigidas contra el capital, las huelgas á chorro continuo, los atentados, la mayor parte de las veces impunes, contra la libertad del trabajo, las amenazas fiscales contra todos aquellos que tienen algún capital y que ahorran, influyen quizás positivamente en este decaimiento.

Los revolucionarios que nos impulsan en este camino son bien imprudentes. Están en vías de matar la gallina con los huevos de oro. Esperan que dentro de poco no existirán ricos, y si no hay ricos, todo el mundo será pobre; los pobres serán más pobres y reinará la miseria general.

En cuanto á la objeción deducida de los balances comerciales, beneficiosos en apariencia según las estadísticas, el orador no necesitó esforzarse para demostrar que los hombres de Estado que los evocaban eran víctimas de ilusiones optimistas sin ningún valor. Cuando desde hace veinte años el comercio de la mayor parte de los países se ha duplicado, como por ejemplo Alemania, Estados Unidos, Bélgica, etc., el nuestro, desde ese punto de vista, ha caído lentamente á la décima categoría.

Y mientras nosotros decaemos, todos los demás pueblos, al convertirse en cada vez más industriales, nos cierran sus mercados. «Llegará un día en que las dificultades de esa acumulación general de materiales dejará de ser de orden económico para convertirse en conflictos entre pueblos.»

Una de las causas que contribuyen también, además del orden que allí reina, al poderío de ciertos países extranjeros, es que, en lugar del siniestro ejército de perdidos que salen de nuestras Universidades, poseen «una juventud ardiente y numerosa que se esparce por todo el mundo y que trabaja por la prosperidad de la nación». M. Méline confía en que tendremos esta juventud el día en que nos veamos libres de la plaga de la *empleomanía*. Más grave es la plaga de nuestra Universidad, de la que el funcionarismo no es más que consecuencia necesaria.

*
* *

Desde el momento en que se funda un partido político, sean cuales fueren sus doctrinas, cuyos fines son destrozarse las máquinas ó «plantar la bandera nacional en el estercolero», se ve acudir á él una

nube de semi-intelectuales sin empleo. Nuestra educación clásica crea legiones de seres incapaces de realizar otras funciones. No nos maravillemos, por tanto, que las peores formas del sindicalismo anárquico puedan reclutar numerosos abogados.

El *sabotage* en las fábricas ó la destrucción de los hilos telegráficos, hoy no se recomienda abiertamente por temor á las leyes; pero los profesores de la anarquía terminarán por tratar de descubrir una filosofía de la que se pueda deducir, por medio de hábiles subterfugios de lenguaje, las prácticas del sindicalismo anarquista.

La tentativa era difícil y por ello el éxito ha sido mediano. Se vió con extrañeza que las doctrinas enseñadas en el Colegio de Francia por el más dulce y sagaz de los filósofos, M. Bergson, llegaban á ser el evangelio del sindicalismo revolucionario. «M. Bergson reclama para sí la escuela nueva», dice el profesor Bouglé. Es verdad que los modernistas, los neocatólicos y los de otras sectas la reclaman también. «Lo que unos y otros piden á su involuntario amo son lecciones de anti-intelectualismo.» Se debe sustituir el razonamiento por «luminosas intuiciones que sólo nos permitan comprender la vida por una especie de simpatía inexplicable. Es necesario confiarse en absoluto á las inspiraciones del impulso obrero, hermano del impulso vital».

Quizás no lo comprendáis bien; yo tampoco y los sindicalistas menos. Esto no tiene, por lo demás, ninguna importancia. La gran fuerza de una doctrina está muchas veces en permanecer incomprendible. Las multitudes no se apasionan más que por lo que no comprenden. En el apogeo del Jansenismo, Europa estuvo á punto de sufrir grave perturbación por una doctrina de Grecia, cuyos princi-

pios y moralidad jamás pudo ningún teólogo explicar claramente.

De hecho, los teóricos del sindicalismo han presentado la utilidad que tiene para una doctrina política el poseer una filosofía. Las de Hegel, Comte y algunos otros habían servido para partidos muy diversos y eran además muy antiguas. Era necesario elegir otra y, claro está, se prefirió la más nueva. Cuando los anarquistas incendiaran una fábrica, podrían asegurar desde entonces que lo hacen en nombre de una filosofía y tener por guía «las intuiciones luminosas del instinto».

Y esto nos demuestra, de pasada, cuán peligrosa es la tendencia de la filosofía pragmatista al desdenar la razón y sustituirla por el instinto. Se olvida con demasiada facilidad que el hombre para salir de lo instintivo y entrar en lo racional ha necesitado mucho tiempo; mientras la humanidad no consiga prescindir poco á poco de sus impulsiones instintivas, no puede elevarse en la escala de la civilización.

Una civilización es el dominio de lo instintivo por lo racional. Una revolución y el estado de barbarie que la acompaña es la revancha de lo instintivo contra lo racional.

Si, pues, como afirma M. Bouglé, la filosofía anti-intelectualista debe perseguir el que «las construcciones intelectuales se conviertan espontáneamente en polvo», se puede asegurar que el mismo día en que esto ocurra la humanidad caerá en el grado inferior de barbarie. La filosofía del instinto ha sido practicada en realidad por los salvajes y *apaches* de todos los tiempos. Es menestar dejársela á éstos.

Las doctrinas del sindicalismo y las debilidades

del Gobierno nos preparan violentas perturbaciones. Quizás al final se consiga algo útil. El alma de los pueblos es algunas veces tan estable, que cualquier modificación, por insignificante que sea, del menor elemento de su vida social, exige un largo período de elaboración ó una profunda revolución. Las revoluciones cuestan caras y producen poco, pero alguna vez queda algo de ellas. El Terror, veinte guerras europeas y la muerte violenta de tres millones de hombres fueron necesarios para que los franceses tuviesen la igualdad ante la ley. Hubiesen terminado por obtenerla, porque la locomotora es más poderosa igualitaria que la guillotina; pero habría sido necesario esperar algún tiempo, y los dioses no han concedido á los latinos el don de la paciencia.

* *

El examen de la influencia, sin duda muy importante, que ha desempeñado el sindicalismo en la evolución económica del mundo, nos conduciría más allá de los límites posibles de un capítulo. Queriéndonos limitar á su aspecto más importante, notaremos tan sólo que el sindicalismo podrá quizás, si consigue desembarazarse de los anarquistas, oponerse útilmente al desenvolvimiento del colectivismo, forma suprema del estatismo, en el cual cada día estamos más imbuídos y cuyo final será la miseria en la igualdad y en la servidumbre.

Es necesario no olvidar y repetir que el sindicalismo es el enemigo irreductible del colectivismo. Asociar las dos palabras es como si se hablase de cristianos musulmanes ó de clericales librepensadores.

Á las personas ignorantes de esta oposición absoluta en las doctrinas, y que los socialistas persisten en desconocer, recomiendo la lectura de un interesante folleto del ferviente sindicalista M. Edouard Berth. En él se demuestra perfectamente la irreductible diferencia que separa al colectivismo, expresión final del estatismo, del sindicalismo, que rechaza con todas sus fuerzas la intervención del Estado. El autor considera, no sin razón, que el desenvolvimiento del socialismo es una consecuencia de la decadencia burguesa. Combate igualmente al anarquismo, que «representa la resistencia al progreso ó la disolución del progreso». En cuanto al capitalismo, tan perseguido por los socialistas, los sindicalistas, por el contrario, han comprendido perfectamente su poder.

El sindicalismo, dice M. Berth, considera al capitalismo como un maravilloso mágico que ha sabido, gracias á la audaz combinación de la iniciativa individual y la cooperación, hacer salir del trabajo social, donde ellas permanecían latentes, la infinidad de fuerzas productoras humanas.

Los socialistas, cada vez más anulados por sus rivales, saben, sin embargo, hoy que los sindicalistas «trabajan por desposeer al partido socialista de sus electores obreros».

Estas rivalidades permiten presagiar futuros combates. No lo lamentemos demasiado, puesto que son inevitables y la naturaleza no ha encontrado aún otro medio de realizar su progreso. La lucha existe en todas partes. Lucha entre las especies animales, entre los pueblos, entre los individuos, entre los sexos, luchas, en fin, entre las células mismas de nuestro organismo. Y estas últimas, aunque

no visibles, son las más implacables. Es necesario, por tanto, resignarse á esas batallas, que no podrían evitar nuestros discursos. El mundo marcha con nosotros ó contra nosotros, según la manera como sepamos orientarnos. Las necesidades naturales nos conducen, y en vano intentaríamos huir de ellas. Se podrá maldecirlas, pero es necesario soportarlas.

LIBRO V

LOS ERRORES DE PSICOLOGÍA POLÍTICA EN MATERIA DE COLONIZACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Nuestros principios de colonización.

Las luchas económicas entre el Oriente y el Occidente constituirán quizás una de las mayores preocupaciones del siglo xx y ocasionarán fatalmente más ruinas y sangre que las producidas por las guerras de los tiempos pasados. En este conflicto de dos civilizaciones dominadoras, las colonias están llamadas á desempeñar un importante papel. Es manifiesto el interés que tenemos hoy en conservar las nuestras y, por tanto, no podemos permanecer indiferentes á lo que las concierne.

La administración de las colonias fundadas por diversas naciones europeas se basa en principios muy determinados, inspirados por la experiencia. Estos principios, que al parecer debieran ser generales, varían, por el contrario, según los pueblos que los aplican.

Quizás sea exagerado decir que varían según los pueblos, porque en lo que se refiere á los métodos